

especialmente de las de los europeos que temian por la suerte de sus padres y de sus esposos. No pasaba momento sin que circulase alguna alarmante noticia, vertida por los partidarios del cura Hidalgo, anunciando su proximidad, el numeroso ejército que traia y la impotencia del gobierno para resistirle. La entrada de Trujillo en la capital el 31 de Octubre, retirándose del monte de las Cruces sin artillería y con la tercera parte menos de su gente, aumentó el terror de la poblacion, creciendo hasta el mas alto grado al saber que las fuerzas independentes se hallaban en Cuajimalpa.

El virey Venegas, desde el momento que tuvo noticia de que el ejército independiente se dirigia á la capital, colocó varias piezas de artillería en Chapultepec, con la correspondiente dotacion de soldados para servir las piezas, hizo que las pocas tropas de que podia disponer se acampasen en la calzada de la Piedad y en el paseo de Bucareli, para que estuviesen prontas á acudir donde fuese necesario, y destacó algunas partidas de caballería para que estuviesen en observacion de los movimientos del caudillo de la revolucion. Don Gabriel de Yermo, que era siempre el primero en acudir en auxilio del gobierno, puso á disposicion del virey, al aproximarse el peligro, cuatrocientos sirvientes de sus haciendas, montados en buenos caballos y bien armados, y otros cien mas de las de su hermano, haciendo una fuerza total de quinientos hombres, que fueron conocidos con el nombre de «los negros de Yermo». Esta gente, que llegó á prestar importantes servicios á la causa realista, no causó al Erario gasto ninguno, pues la mantuvo Yermo á sus expensas

durante todo el tiempo que duró la guerra. Parte de esos negros se habian hallado en la batalla de las Cruces, donde se distinguieron por su valor, y los demás habian estado destacados en varios puntos que el virey juzgó importantes.

Se confió el cuidado del interior de la ciudad al regimiento del Comercio, al escuadron urbano y á los cuerpos de patriotas que casi acababan de formarse, y que, por lo mismo, carecian de toda instruccion en el manejo de las armas. La tropa útil para resistir el ataque sobre la ciudad, ascendia á poco mas de dos mil hombres (1). Siendo imposible con esta escasa fuerza atender á todos los puntos por donde pudiera presentarse el ejército contrario compuesto de mas de ochenta mil hombres, el virey Venegas envió por extraordinario una orden á D. Félix Calleja, en que le decia, que se pudiese inmediatamente en marcha para la capital, dispuso que sin pérdida de momento pasase á Méjico el regimiento de infantería de Toluca que estaba de guarnicion en Puebla, y mandó al capitan de navío D. Rosendo Porlier que saliese inmediatamente en posta para Veracruz, para que

(1) Este es el número que señala D. Lucas Alaman, y aunque D. Carlos Maria de Bustamante en su *Cuadro histórico* hace subir la cifra á seis mil, el primero hace ver que la enorme diferencia consiste en que D. Carlos Maria de Bustamante cuenta, para hacer subir el número á seis mil, con la tropa que quedó en el interior de la ciudad que era muy poco útil, y con el regimiento de Toluca que estaba en Puebla. «Adechederreta», añade D. Lucas Alaman, «en sus apuntes históricos dice que apenas llegaban á mil hombres; pero ciertamente eran mas, y quedan los dos mil que he dicho, deduciendo del cálculo de Bustamante lo que no estaba en el campamento.»

reuniese las tripulaciones de los buques anclados en el puerto y las enviase sin demora á la capital.

Mientras el virey Venegas tomaba estas disposiciones, los habitantes de Méjico esperaban, sobresaltados, el instante en que apareciesen á las puertas de la ciudad las numerosas huestes del cura Hidalgo, asaltándola por todas partes.

1810. Temiendo Venegas que el caudillo de la independencia se apoderase, en el santuario de los Remedios, de la imágen de la Vírgen que en él se venera, á la cual consagran los habitantes de Méjico profunda devocion, hizo que en la misma tarde del dia 31 la condujeran á la capital, en cuya catedral fué colocada. Siendo una de las imágenes á quien los mejicanos lo mismo que los españoles allí establecidos, rendian notable y piadoso culto, el virey puso á sus piés el baston, y la declaró generala de las tropas realistas, adornándola en seguida con la banda correspondiente á esa graduacion. Era un acto religioso que revela la fé católica que alentaba en sus empresas á los hombres de aquella época; fé, que hoy aparecèria á los ojos de un número considerable de personas, como vana preocupacion; pero que producía efectos maravillosos, y que engendraba rasgos de abnegacion y de heroismo que se repiten muy poco en nuestros dias de despreocupacion y de indiferentismo religioso.

Al ver llegar la imágen reverenciada, los habitantes de la capital sintieron reanimado su espíritu, y alentados por su presencia, volvieron á recobrar la confianza que habia empezado á abandonarles. Las señoras se juzgaron

al abrigo de toda desgracia, bajo la proteccion de la veneranda imágen, y se advirtió en el pueblo una excelente disposicion en favor del gobierno. Como el cura Hidalgo traía en sus banderas la imágen de la Vírgen de Guadalupe, no menos reverenciada por los habitantes del país que la de los Remedios, y ésta tenia su origen en la conquista de Méjico, pues la llevó uno de los soldados de Hernan Cortés, para el vulgo ignorante vino á levantarse bandera contra bandera, siendo la protectora de los independientes la Vírgen de Guadalupe, y la de los realistas la de los Remedios, como si no fuera uno el sér que representaban, aunque bajo diversas advocaciones. «La devocion á la Vírgen de los Remedios, dice D. Lúcas Alman, creció entre los realistas, y así como se habian levantado batallones de Fernando VII, se alistaron las señoras de aquel partido, á invitacion de la señora Doña Ana Iraeta, viuda del oidor Mier, con el nombre de «patriotas marianas», para velar, por sus turnos, á la santa imágen, y como en los patriotas, entibiado despues el entusiasmo, ya no se hacia el servicio personal, sino que se pagaban las guardias, sucedió lo mismo entre estas señoras, proporcionando así un modo de vivir honesto á varias mujeres piadosas, que por una limosna reemplazaban en las guardias á las señoras á quienes el turno tocaba. El ejemplo de la capital fué seguido por las ciudades y pueblos de las provincias, y bien presto fueron proclamadas generalas y ataviadas con la banda y baston de este empleo las imágenes de mas especial culto, en cada una de ellas. El virey quiso tambien trasladar á Méjico la imágen de Guadalupe; pero no se verificó por la resis-

tencia del cabildo de la colegiata, habiendo cesado despues el motivo que habia hecho pensar en esta medida.»

1810. Al siguiente dia de haber sido trasladada Noviembre. la imágen de la Virgen de su santuario de los Remedios á la catedral de Méjico, el templo se veia lleno de gente que iba á orar ante la Madre del Salvador, pidiéndole consuelo y proteccion. Era la festividad de Todos Santos, 1.º de Noviembre. Desde por la mañana circularon alarmantes noticias en que se anunciaba que las fuerzas independientes se disponian á dar un asalto á la ciudad. Cuando la gente inerme, y muy especialmente las señoras se hallaban dominadas por ese temor, se vió bajar en las primeras horas de la tarde, por el camino de Cuajimalpa, un coche, escoltado por cuatro dragones del ejército independiente. Sobre el coche flameaba una bandera blanca, que indicaba que los que iban en el carruaje eran parlamentarios enviados por el cura Hidalgo. Al llegar á Chapultepec, el oficial de la fuerza realista allí situada, mandó que se detuviese el coche para informarse de lo que se pretendia. Los comisionados eran el teniente general D. Mariano Gimenez, Abasolo, Montemayor y otro oficial conocido en el ejército con el nombre del «Güero de Zipimeo» (1). Habiéndoles dicho el oficial que se detuviesen allí, envió el pliego al virey, que se hallaba en aquellos momentos en una de las puertas de entrada de la ciudad, llamada de Belén, ó, «Garita de Belén»,

(1) En Méjico se da el nombre de güero á los rubios. No se acostumbra decir el rubio sino «el güero».

como se acostumbra decir en Méjico (1). Venegas no quiso recibir el escrito, y mandó que lo devolviesen á los parlamentarios, encargando que les dijesen de palabra que regresasen sin demora á su campamento (2). Se ignoran los términos en que estaba concebido el pliego del caudillo de los independientes; pero es de suponerse que fuera una intimacion semejante á la que se envió en Guanajuato al intendente Riaño (3).

(1) A las puertas que dan entrada á la ciudad, se les da en Méjico el nombre de «garitas».

(2) Don Lucas Alaman dice que los parlamentarios se presentaron el 31 de Octubre, por la tarde; pero es de creerse que este ha sido un error, pues el coronel García Conde, que entonces estaba prisionero en el campamento del cura Hidalgo, dice que fué el dia de Todos Santos. Igual cosa asegura D. Carlos María de Bustamante que se hallaba en la capital.

(3) Digo que se ignora los términos con que estuvo concebida la intimacion, no porque no se haya publicado una, que algunos pretenden que fué la enviada al virey, sino porque todo convence á que es apócrifa, ó que, de no serlo, ha sido truncada maliciosamente en algun punto esencial que el primero que la presentó tuvo empeño en ocultar. En esa intimacion nada existe de semejante en el fondo ni en la forma, con las intimaciones hechas al ayuntamiento de Celaya y al intendente Riaño, y no es de creerse que si cuando empezó la revolucion y el caudillo de ella no se consideraba aun fuerte, la condicion que imponia era que los europeos se resignaran á estar presos y á entregar sus bienes en tanto que se daba cima á la empresa, renunciase á su plan cuando marchaba triunfante hácia la capital. Que respecto á la ocupacion de los bienes, no cambió de determinacion, se ve en las mismas palabras de su declaracion en que dice, como hemos visto ya, que la necesidad que tenia de ellos para su empresa, le obligaba á obrar de esa manera. La intimacion que se ha pretendido hacer pasar como enviada al virey, está concebida en los mismos términos que otra que tambien se ha querido presentar como dispuesta para intimar pocos dias antes la rendicion de Toluca. Se dice que solo se cambió la fecha y el tratamiento correspondiente al primer gobernante. En ambas, pues, concurren las condiciones idénticas para tenerlas por apócrifas ó truncadas en su parte esencial. Hé aquí esa intimacion, copiada exactamente

Don Ignacio de Allende y D. Juan Aldama, habian aconsejado al cura Hidalgo que, en vez de enviar de parlamentario á D. Mariano Gimenez, confiase el desempeño de la comision al coronel realista D. Diego García Conde, que tenian prisionero, pues por su mediacion se podria alcanzar mas fácilmente que fuesen oidas las proposiciones; pero el caudillo del movimiento no creyó conveniente acceder al deseo manifestado, y nombró á los individuos que mencionados dejo.

Como no habian sido admitidos los parlamentarios del cura Hidalgo, todos esperaban que el ejército independiente se presentaria de un momento á otro á las puertas de la capital para emprender el ataque sobre ella. La inquietud y el sobresalto crecian por instantes entre la gente inerme. Pronto empezaron á circular alarmantes noticias, extendidas por los partidarios de la revolucion, anunciando que las tropas del cura Hidalgo bajaban del monte de las Cruces, y que pronto se debia dar el asalto.

de lo que ha insertado D. Emilio del Castillo Negrete en su obra *México en el Siglo XIX*. «La religion, la patria y la constitucion nacional amenazadas del mas lamentable trastorno, nos han decidido á emprender la independencia de esta América; y tratando de llevar adelante este sistema, lo comunicamos á V. S. para que instruidos en él todos los habitantes de esa ciudad así patriotas como europeos, se decidan por nuestra justa y recomendable causa, ó manifiesten su oposicion, en la inteligencia que de aquella manera, los primeros serán tratados como nuestros hermanos, y del mismo modo los segundos (los europeos) todos aquellos que no pusiesen obstáculo á la felicidad de nuestro suelo. Dios guarde á V. S. muchos años. — Campamento de Ixtlahuaca, 28 de Octubre de 1810. — Miguel Hidalgo. — Ignacio Allende.»

En esta intimacion se pone la manera con que serian tratados los hijos del

El polvo levantado en el camino por el viento ó por otro motivo cualquiera, se creia que era producido por los batallones independientes que avanzaban sobre la capital. La alarma de la gente agena á los combates, creció de punto, al escuchar el toque de generala. La señal de que se acercaban las tropas insurgentes no podia ser mas cierta. Hombres, mujeres y niños corrian por las calles para llegar á sus casas, y no se escuchaba otra cosa que el ruido de las puertas que se cerraban, los golpes dados en ellas para atrancarlas, las voces de espanto de los tímidos, el paso apresurado de los voluntarios que acudian con sus armas al sitio que tenian ya designado, y el galope del caballo de algun ayudante que corria á comunicar las órdenes del virey. El toque de generala reconocia un motivo. Una fuerza independiente habia llegado hasta la fábrica de Santa Fé, de la que el virey habia hecho sa-

pais y los europeos que se adhiriesen á la causa de la independencia; pero nada se dice respecto de la suerte que se les reservaba á los que no estuviesen de acuerdo con ella, lo cual era indispensable que se hiciese saber en ella. Que no pudo ser dirigida á la autoridad de Toluca, se deduce claramente de que no siendo pueblo en que habia guarnicion ni fuerza militar, ni nada, era innecesario hacer la intimacion, pues no habia mas que llegar y tomar posesion del lugar. Se dirá que acaso seria dirigida á Trujillo, como supone el Sr. Negrete; pero esto es mas inadmisibile, pues Trujillo no hizo mas que pasar por la poblacion para dirigirse á Ixtlahuaca, y no podia el cura Hidalgo, que, segun el mismo señor, tenia las mas minuciosas noticias de todo, no podia, repito, ignorar que no habia sido enviado para encerrarse en un pueblo aislado, donde no tenia defensa, sino para presentarle batalla en su marcha y oponerse á su paso á Méjico. Esto por lo que hace relacion á la que se supone redactada para la rendicion de Toluca, pues con respecto á la dirigida al virey, la inverosi-

car con anticipacion toda la pólvora, y era preciso disponerse al combate, por si era un movimiento dispuesto para emprender el ataque sobre la ciudad. Nada, sin embargo, intentó el ejército independiente. Pocos momentos despues recibió el virey Venegas, por extraordinario, la noticia de que el brigadier Calleja, verificada su reunion con el conde de la Cadena, se dirigia con la mayor velocidad en socorro de la capital. Esta nueva volvió la tranquilidad á las familias realistas, y llenó de confianza á los que habian empuñado las armas.

El ejército independiente, acampado en Cuajimalpa, se extendió por los pintorescos pueblos de Coyohuacan, San Angel y San Agustin de las Cuevas, próximos á la capital, sin hacer movimiento ninguno. En esta inaccion permaneció los dias 31 de Octubre y 1.º de Noviembre. El cura Hidalgo esperaba algun movimiento en la capital, verificado por los partidarios que en ella tenia, para obrar en combinacion y apoderarse de la ciudad sin gra-

militud es aun mas marcada. Es imposible que despues de la batalla del monte de las Cruces no se hiciese mérito de ella en la intimacion, haciendo, siquiera, una ligera mencion del poder que habian adquirido con ese triunfo las armas independientes y la imposibilidad en que la capital quedaba de defenderse. Si las observaciones que he expuesto manifestando mi opinion de que es apócrifo el documento ó ha sido truncado por el primero que así lo presentó, fuesen débiles, le bastará al lector ver la defectuosa redaccion del escrito, para persuadirle de que no pudo ser obra de un hombre como el cura Hidalgo, que disfrutaba, con justo motivo, la reputacion de sabio. No cabe siquiera en persona de mediana capacidad ese párrafo, en que se dice: «los primeros serán tratados como nuestros hermanos, y del mismo modo los segundos (los europeos) todos aquellos que no pusiesen obstáculo á la felicidad de nuestro suelo».

ves pérdidas. Pero todas las esperanzas que le habian hecho concebir antes de acercarse, las vió desvanecidas al estar próximo á sus puertas. Nadie promovió el mas leve alboroto; los agentes de la revolucion parecian haber enmudecido ó que se desentendian de la política. Le veian triunfante, y sin embargo no se atrevian á recibir sus comunicaciones y mucho menos á enviarle las suyas, intimidados por las disposiciones dictadas por el virey (1). Ni aun la gente de las rancherías y cortas poblaciones próximas á la capital fué á engrosar las filas de su ejército. Por el contrario, en varios pueblos fueron aprehendidos algunos individuos pertenecientes á su division que se habian alejado confiadamente, contándose entre ellos Centeno, quien habiendo bajado á Cuyuacan en busca de un herrero que compusiera el eje de un coche, fué aprehendido por el gobernador de los indios de aquel pueblo, que era ardientemente adicto á la causa realista. Centeno y José Antonio Martinez que habia sido sargento del regimiento de la Reina, de la compañía de Abasolo, y que fué ascendido á mariscal de campo, fueron ahorcados en Méjico, en Febrero del siguiente año (2).

El silencio profundo que guardaban los agentes de la capital, preocupaba justamente el pensamiento del cura Hidalgo, que habia contado con la cooperacion eficaz

(1) Don Carlos María de Bustamante en su *Cuadro histórico* pone un ejemplo verdaderamente notable del temor que los agentes secretos de los independientes tenian.

(2) Martinez fué aprehendido en Chalco despues de la accion de Aculico, de que hablaré dentro de poco.

de ellos para hacerse dueño de la populosa ciudad y establecer en el palacio de los vireyes, un gobierno enteramente nacional. Falto de ese poderoso auxilio
 1810
 Noviembre. dentro de la ciudad, y viendo la actividad desplegada por Venegas en prepararse á la defensa, calculó que las dificultades de apoderarse de la plaza eran superiores á las que debian haber sido. Cierta es que contaba con un numeroso ejército; pero tambien es que este ejército habia sufrido notables pérdidas en la batalla del monte de las Cruces, y que las masas indisciplinadas no acometerian con el mismo ardor que hasta entonces una plaza que contaba con mas elementos de resistencia que el abierto campo en que se presentó Trujillo. Cuando meditaba en la determinacion que debia tomar, tuvo noticia de que Calleja emprendia la marcha en auxilio de la capital. Esta nueva la tuvo por un correo que enviaba el jefe realista al virey, y que interceptó una de las partidas destacadas hácia el rumbo del interior. Su situacion se hizo entonces muy crítica, pues se encontraba entre el ejército con que avanzaba el brigadier realista y las fuerzas que, en combinacion con Calleja, pudiera mover el virey haciendo una salida de la plaza. El cura Hidalgo midió todas las dificultades que le rodeaban. Calculó que si emprendia el ataque sobre la ciudad, se exponia á que llegase, antes de que lograrse tomarla, el ejército de Calleja, y cogidas entonces sus tropas entre los fuegos de éste y de la plaza, se desbandasen, perdiendo en breves instantes todo lo que habia logrado adquirir desde que dió el grito de independencia. Meditando detenidamente sobre la resolucion que seria mas conveniente tomar en las críti-

cas circunstancias que le rodeaban, determinó levantar el campo y volver al interior del país para ir extendiendo por las demás provincias la revolucion y volver con mayores elementos sobre Méjico. Al tratarse en junta de generales el asunto, D. Ignacio de Allende opinó porque se atacase la ciudad y no se emprendiese la retirada. Las opiniones de los que formaban la junta estaban encontradas; pero prevaleciendo las razones expuestas por el cura Hidalgo, se dispuso emprender la marcha de retroceso. Mucho sintió D. Ignacio de Allende que se abandonase la empresa de tomar la capital, pues juzgaba que la retirada, con un ejército numeroso, les hacia aparecer impotentes á los pueblos, y la causa se desprestigiaria desde el momento que levantasen el campo. Sus razones, sin embargo, no parecieron de fuerza al caudillo de la independencia, y desde ese instante empezó el desabrimiento entre los dos principales jefes de la revolucion, aunque en silencio y tratándose con las consideraciones debidas (1).

(1) Don Lucas Alaman cree que alguna parte tuvo en el disgusto de Allende el que el cura Hidalgo no hubiese enviado á Garcia Conde, como él habia querido, á mediar con el virey, cuando se trató de intimar la rendicion de la plaza; pero esto no es admisible, pues Allende debió persuadirse que de la manera misma que se negó Venegas á recibir á los parlamentarios, de que hacia cabeza Gimenez, se hubiera negado á atender á Garcia Conde, pues las proposiciones tenian que ser las mismas. Si el cura Hidalgo hubiera sido mas exigente en sus proposiciones al virey que D. Ignacio Allende, podia caber en éste resentimiento, creyendo que con las suyas se hubiera conseguido el objeto; pero que no eran menos fuertes, se deduce de su empeño en tomar la plaza á viva fuerza ya que no pudo conseguirse que fuese por medio de un convenio. El desabrimiento tuvo, pues, origen desde el momento en que se levantó

1810. No anhelaba el cura Hidalgo menos que Noviembre. Allende la toma de la capital, que hubiera equivalido, por decirlo así, al triunfo de la causa que habían proclamado; pero miraba bastante disminuido su ejército por la desercion desde la batalla del monte de las Cruces, observaba la falta de instruccion y de disciplina en las confusas masas, y conociendo la excelente calidad de las tropas que mandaba el brigadier D. Félix Calleja, la subordinacion de ellas, su buena oficialidad y sobre todo la pericia de su jefe, juzgó muy aventurado un combate cerca de la capital, de donde el virey destacaria todas sus fuerzas con el fin de coger al ejército independiente entre dos fuegos. «Estas consideraciones, de mucho peso sin duda, dice D. Lucas Alaman, fueron las que probablemente le decidieron á levantar su campo y retirarse, y no el temor de que entregándose al saqueo las masas indisciplinadas que formaban su ejército, desacre-

el campamento, pues hasta esa fecha jamás habia oido García Conde pronunciar á Allende palabra ninguna irrespetuosa contra el jefe principal, llamándole la atencion escucharla de sus labios y de los de Aldama en Aculco, antes de que se diese la batalla en este último punto. Esto prueba que antes de levantar el campo de Cuajimalpa no habia resentimiento ninguno en Allende, y que éste provino de que no se hubiese atacado la capital como él propuso. «Hidalgo se retiró para marchar á Querétaro á despecho de Allende, que desde entonces se desavino con él». (D. Carlos María Bustamante, *Suplemento á los Tres Siglos de México*.)—El licenciado D. José María de Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*, asegura «las desavenencias entre los dos caudillos». —D. Lucas Alaman, dice: «Allende, que andaba ya desabrido con Hidalgo por celos de autoridad, tuvo con esta ocasion nuevos motivos de descontento». (*Hist. de Méj.*, tom. 1.º, pág. 490.)

ditasen completamente la causa de la insurreccion, como ha dicho un escritor (1).

Dadas las disposiciones necesarias se levantó el campo, y el dia 2 de Noviembre emprendió el ejército independiente su marcha, volviendo por el mismo camino que habia llevado. El virey y el partido realista vieron llenos de satisfaccion alejarse á las numerosas masas de indios que, ansiosas de pillaje, habian acariciado la idea de apoderarse de un espléndido botin, y aun muchos de los partidarios que el cura Hidalgo tenia en la ciudad, aunque sentian su retirada, neutralizaban su pena con la reflexion de que mas tarde podria hacerse dueño de la ciudad con tropas mejor organizadas. D. Carlos María de Bustamante, que se hallaba entonces en la capital, y era celoso del lustre de la causa proclamada en Dolores por el caudillo de la independencia, lamentándose justamente de que por motivo de algunos actos desacertados hubiese empezado á desprestigiarse la revolucion, agrega, que hubiera caido en mayor desconcepto, si la tumultuaria multitud de indios hubiera entrado en la capital, en la cual se hubiera entregado á todos los excesos (2).

Mientras Hidalgo retrocedia hácia el interior del país, el virey Venegas se ocupaba de aumentar el número de fuerzas con que contaba, para poder enviarlas á campaña

(1) Don Carlos María Bustamante: *Cuad. hist.*, tom. 1.º

(2) La ciudad á que aludí que se referia D. Carlos María Bustamante cuando referi lo acontecido en la toma de Guanajuato, era Méjico. «Y mucho mas se habria desconceptuado», dice, «si hubiera entrado el ejército en Méjico».